

CUENTOS

DE

TIERRA LARA

RELATOS DEL PASADO EN VOCES DE HOY

Javier Dámaso es escritor y profesor de Derecho en la Universidad de Valladolid. Ha realizado estancias de investigación en universidades francesas y de América Latina, y tiene múltiples publicaciones en libros y revistas jurídicas especializadas, nacionales y extranjeras. Ha sido vicedecano de la facultad de Derecho de la Universidad de Valladolid (2004-2010) y director del Área de Servicios Jurídicos y Evaluación de esta universidad. Junto a su trayectoria profesional ha mantenido una permanente inquietud artística que, ya a principios de los 80, quedó plasmada en verso. Pero no solo se ha dedicado a la poesía, pues en la época fue también actor (1981-1985) y director escénico (1983-1985) de la Compañía de Teatro Aristófanes. Fue el organizador y director de las “Primeras Jornadas de Poesía en la Universidad”, que tuvieron lugar en abril de 1988. Ha publicado también los textos narrativos “Un cuadro a modo de marco” (Revista *DDOOS*, 1996); y “Una bocallave en el regreso” (en *A pedir de Boca*, 2009). Es autor de la obra teatral *Auto de San Antolín* (1998).

Como poeta, mantuvo un silencio editorial durante años después de sus inicios en el Valladolid de los años 80. En 2011 recibió el segundo accésit del I Premio Francisco Pino de poesía experimental por cinco poemas visuales. En 2013 fue recogido en la antología *Sentados o de pie. Nueve poetas en su sitio*, publicada por la Fundación Jorge Guillén. Su cuarto libro escrito, *La Edad de Hierro (2002-2013)* fue el primero en aparecer publicado, en 2014, por la Fundación Jorge Guillén (en la actualidad está en marcha su edición mexicana, con la Editorial Samsara). En 2015 apareció su segundo libro, *Incluso sin palabras (1986-1991)* y en 2016, *Tras el cercado*, junto al dibujante José Carlos Sanz Belloso, ambos en la Editorial Páramo. En 2017 ha aparecido su cuarto poemario, *Viajero inmóvil*, publicado por la Editorial Enkuadres.

LAMYA

*Yo me era mora Moraima
morilla de un bel cantar.*

Como había terminado un largo trabajo de estudio que me mantuvo durante meses encerrado, andaba bastante perdido a la espera de poder revisarlo cuando me dieran el beneplácito. Hasta ese momento podían pasar varias semanas. No tenía ninguna tarea urgente. Era inicios de verano, mi chica me había abandonado después de un tiempo de decadencia de la relación, y me encontraba solo. No habían servido de nada mis requerimientos, los intentos de convencerla de que podíamos remontar la crisis y que mi libertad recobrada después de los largos meses de trabajo me iba a permitir organizarme de otro modo. Tiempos y afectos siempre han sido para mí difíciles de equilibrar. Después de unos días, tras la separación, me fui una mañana a un promontorio de piedra en medio de la ciudad. Un atrio. Desde allí se divisan casas antiguas y una plaza abierta. En ese lugar me recogía para escribir en ocasiones a los veinte años. Era mi refugio de juventud. Dando la espalda a la fea catedral, miré los tejados, el viejo Cafetín, de tantas copas en las noches, ahora aún con el candado echado hasta la hora del café. Retorno al cobijo de la piedra. La vida sigue, pensé. Decisión. Di todo por cerrado. Ahora debía remontar.

No podía ir al lugar donde había pasado buena parte de los veranos en los últimos años. Era el pueblo de ella, en la montaña de León. Sitio vedado. Uno de los problemas de las rupturas. Pero tenía sed de monte, de bosque, de árboles, de umbría y agua corriendo. No quería encerrarme en casa, porque las paredes se me caían y ya había pasado suficiente tiempo entre los muros como consecuencia del estudio. De forma que decidí ir a la montaña. Mi ciudad en llano está rodeada de montes, a entre cien y doscientos kilómetros de distancia. No mucho más en cualquier dirección. Miré el mapa y determiné ir al norte de la Tierra de Lara, en Burgos. Palazuelos de la Sierra era un punto de referencia. Sierra de la Demanda. No lo conocía. Había un alojamiento y unas leyendas sobre el arroyo Matanza. Venía en una vieja guía que guardaba de Burgos. Son las ventajas de archivar papeles. Busqué en Internet. Reservé. El viaje no llegaba a dos horas. Preparé un bolsón grande por la tarde, casi una maleta, y una mochilita con algunos libros, cosas y papeles, y a la mañana siguiente, después de una llamada a mis padres avisando del viaje —besos, consejos, cuídate— salí no demasiado temprano de camino con el coche.

El trayecto hacia Burgos se me hizo rápido. Tomé la desviación hacia San Millán de Juarros y el GPS del móvil me fue indicando el camino. Parada en Cuevas de Juarros. Un pueblito, nada más. Inicio de la Sierra de la Demanda. Recuperación de patrimonio popular: el antiguo molino, el antiguo lavadero, el potro de herrar y el horno comunal. Y otro patrimo-

nio no tan “popular”, como la ermita prerrománica de la Virgen del Cerro. Una joyita de las que hay tantas ignoradas en nuestros pueblos. Otras se pierden o las derriban. Me recordó un caso de hace años de una iglesia gótica derrumbada al norte de Burgos, en las Merindades. Mucho hablar del patrimonio, pero siempre se hacía a conveniencia; ocultando los desmanes cometidos. Como escribió hace años un amigo, “las maldades sin nombre”. Bastaba con ver las salas repletas de arte de aquí en el Museo Marés de Barcelona. Esta, sin embargo, hasta el momento se había salvado.

Estoy solo. Tomo conciencia. Me he venido a aislarme a la sierra. Me vendrá bien. Hago una llamada con el móvil. Llamo a Andrea, una antigua pareja de hace más de una década, con la que hablo de vez en cuando. Seguimos siendo amigos, después de haber estado varios años juntos. Hace dos meses que no hablamos. Ahora vive en otra ciudad. Le cuento la ruptura, el fin del trabajo. Me escucha. Era la crónica de una cosa anunciada. Me he venido unos días al campo. Necesito huir. Ella está bien. Vive con su novio actual. Quedamos en vernos a mi retorno, cuando ella vaya a visitar a sus padres. Besos. Estoy otra vez solo. Como algo en el bar. Bebo un refresco. Hace calor. El camarero del bar comenta algo del fútbol. No me interesa. Pido un café. Miro el móvil. Mensajes en el *WhatsApp*. Otro en el *Messenger* del *Facebook*. Tonterías de grupos. Saludo a la familia. Estoy bien. Dudo si borrar a mi reciente “ex” del *WhatsApp*. Soy civilizado. Mejor no. Hemos terminado bien.

De nuevo cogí el coche. Estaba muy cerca del destino. Palazuelos de la Sierra, diez kilómetros, quince minutos. Quizás no tenía sentido haber parado. Pero paré. Así retrasé la llegada al final. Ahora la carretera se estrechaba, pero el trayecto se hizo rápido. El pueblo parecía acogedor. Casas de piedra con portones metálicos. Fui directo al alojamiento, a las afueras del pueblo. Me atiende una mujer mayor. Muy amable. Se llama Elvira. DNI, tarjeta, etc. Contraseña, *password*, pin... Sociedad de control. Todo bien registrado. Le pregunto por la zona. Sitios de interés. Me recomienda que en el pueblo vea el molino, dice que a Palazuelos se le conoció como el “pueblo de los siete molinos”. Hoy se mantiene una romería con ese nombre (“de los siete molinos”) a finales de agosto y hay una asociación que se llama así, que ha promovido instaurar la fiesta de la matanza. Nada de eso coincide con las fechas de mi estancia. Agradezco la información, pero me resulta inútil. Me recomienda que mire las casas del núcleo del pueblo y la Iglesia de San Bartolomé. Que me fije, en la iglesia, en la imagen de la Virgen de la Yedra, la patrona, y que no deje de visitar los restos de la calzada romana, aunque se ven mal. Y que tengo la Sierra entera para andar.

“Gracias. ¿Por qué la Virgen de la Yedra?”, le pregunto, “¿qué tiene?”. “Es muy antigua”, me responde. “No es cualquier cosa. Le llaman también la Virgen del Río. Cuando le desmontaron la ermita a la Virgen, que estaba al lado del arroyo, del arroyo Matanza, fue porque el cura quiso que le hicieran una nueva casa parroquial con la piedra de la ermita, que ya no tenía techo. Dicen que la Virgen quiso evitarlo”. Miro extrañado. Escucho. “El

día en que se quedó para desmontar las piedras empezó a llover a mares y siguió lloviendo en los días siguientes y en la semana siguiente y en la siguiente. No veían modo de iniciar el traslado de la piedra. Llovió durante un mes entero. Como un diluvio. Cuando paró de llover, hicieron el desguace de la ermita y trasladaron la piedra. Nadie atendió la señal que llegaba del cielo con la lluvia. Hubo en el pueblo quien les afeó la conducta. El cura no decía nada. Veía llover con muy mala cara, como si blasfemara para sus adentros. Hasta tal punto ponía mala cara. Pero pudo lo práctico. Se hizo la nueva casa y la Virgen perdió su ermita al lado del arroyo. Lo que quieren los santos no vale nada”. “Veré a esa Virgen resistente”, le digo. Las autoridades no atienden ni al cielo ni a los santos, pienso yo. Ni aunque les manden signos. El caso hace pensar en quién sirve a quién. Otro más para “las maldades sin nombre”. Pero me callo el comentario. No hay que escandalizar. “¿Y de la Sierra?”, nueva pregunta, “¿qué puedo ver?”. “Vaya al arroyo Matanza”, me dice, “hay una ruta río arriba. Llega hasta el nacimiento, hasta Las Cuevas del Villar, como le llaman”. “¿Las Cuevas del Villar?”, pregunté. “Sí”, respondió. “Tiene que salir a la plaza de la Iglesia y coger la calle de la izquierda, de frente, la que baja. De allí sale el camino que va al arroyo. Luego puede seguir por el sendero que va por la orilla. Se va estrechando, pero si sigue el curso arriba no se pierde. Lleve un palo de apoyo, un cayado, una cacha, algo. Es un sitio complicado. Dicen que el arroyo se llama así por la francesada. La carnicería con la invasión francesa debió de ser enorme. Se cuenta que bajaba el arroyo teñido de sangre”. “¿Se refugiaron río arriba?”, inquirí. “¿Hasta allí llegaron los combates?”. “No sé”, me respondió. “Digo lo que me contaron. Lo contaba mi abuelo y a él debió contárselo su padre. Por aquí también hubo muchas refriegas en las guerras carlistas, según dicen. Y no le digo nada en el 36. Se subieron al monte a refugiarse. Llegaban al pico Mencilla, Burgos estaba muy cerca”. Sí, pensé, la capital de la ‘Cruzada’. “Gracias por la información”, le digo. “Voy a descansar un poco”.

Tomé posesión de la habitación y dormí veinte minutos o media hora. Miré el móvil, que llevaba silenciado. Mensajes sin gran relevancia en el *WhatsApp*. Unas respuestas rápidas. Intrascendentes. Estuve leyendo un poco. Luego me preparé y decidí hacer caso a la patrona y tomar la senda del río. Me hice con algo como un cayado. Eran ya hacia las cinco de la tarde. Revisé la guía. Traía la senda. Volví a mirar el móvil. Nuevos mensajes. Otro par de respuestas a las contestaciones banales que había recibido en el *WhatsApp*. Me aprovisioné. Tomé la mochila con la guía, un mapa, un libro y una cantimplora con agua. Salí del pueblo y bajé la calle hasta alcanzar el caminito entre campos y bosquecillos. Pronto apareció el arroyo Matanza con árboles en su orilla como guardianes. La continuación era por un camino más ancho, a la derecha del arroyo. Durante un tiempo el camino se hace monótono. Ando y miro alrededor. En un momento me pareció ver una figura femenina entre unas ramas de un chopo. Como que me miraba y se escondía. Cosas de mi imaginación. Los árboles son aquí variados, hay

también fresnos, alisos, algunos robles y otros a los que no sé dar nombre. El camino asciende con el arroyo, cruzándolo, serpenteándolo. Se escuchan aves y poco más. Me parece sentir una presencia. No veo a nadie.

Seguí ascendiendo. Ya que estaba quería llegar hasta el nacimiento del arroyo. ¿Dónde dijo? En Las Cuevas del Villar. El camino discurría entre un robledal. Los árboles eran hermosos. Olía a bosque como yo quería. Ahora no sentía la enigmática presencia. Avancé. Algo después apareció un puente que me llevó a la otra orilla. Las rocas se estrechaban alrededor del río, el camino también. Se transformaba en un barranco áspero, amenazante. El sendero ocupa un espacio estrecho, atravesado por árboles, con el arroyo de un lado y la roca del otro, serpenteando a veces y cruzando el caudal. Me paré en una piedra junto al arroyo. Me senté. Bebí agua. Miré un momento la guía. Todo correcto. Cogí mi libreta de notas y escribí algunas cosas. Sentí que me miraban. Alcé la mirada y vi a una chica con vaqueros alejarse hacia arriba de la senda. Qué extraño, pensé. “¡Holaaaaa! ¡Holaaaaa!”, grité. Se oyó el eco. Nada más.

Volví a retomar el ascenso. La pendiente se notaba cada vez más pronunciada. El barranco desprendía todos sus perfumes, El bosque era un hayedo. No se veía a nadie. La que había visto era una chica. Estaba seguro. Llevaba vaqueros. ¿Por qué no respondió? Un lugar para perderse, como estaba haciendo yo. Pensé en las guerras del pasado en la zona. El arroyo rojo de sangre. Como decía la patrona, hubo de ser muy grande la matanza para dar nombre al río, al arroyo, me digo. ¿Será verdad que fue con la invasión francesa? ¿Sería en las guerras carlistas? Bonito arroyo que hace volar la imaginación.

Poco a poco el barranco se abría levemente y se accedía a una semillanura, probablemente lo que la guía que había consultado llamaba el Pastizal, la zona de los Campos, y se veía un pico en lo alto, que debía de ser con toda seguridad el pico Mencilla. Al abrirse el terreno, divisé de nuevo a la chica de los vaqueros a lo lejos, arroyo arriba, en la semillanura, tras unos árboles. Me pareció que se estaba peinando, mientras miraba al río. No había sido un espejismo. Alzó la cabeza. Saludé con la mano y me devolvió el saludo sonriendo. Avancé un poco más, intrigado por verla de cerca. Era morena de pelo, con un polo azul celeste y parecía muy guapa, con un rostro exótico y algo cobrizo o bronceado. En mi situación de libertad recobrada, me agradaba encontrarme con una chica guapa. Sin más pretensiones, claro. Pero era un bonito encuentro. Ante el saludo de mano, volví a gritar ya con voz más templada: “¡holaa! ¡Holaaa!”. Pero como quien no quiere la cosa se adentró en lo que se veía como una cueva en medio de las rocas. De allí parecía brotar el arroyo entre la arboleda. Eso me desconcertó. ¿Huía de mí? Si no quería verme, tampoco iba a ser un grosero y a imponer mi presencia.

Solo me acerqué un poco hacia la cueva, de donde efectivamente surgía el arroyo, y ya sin gritar lo más mínimo dije tímidamente: “hola, ¿estás ahí?”. Y ella me contestó: “sí, sí. Pasa. La cueva es holgada y tiene luz”.

Entré en la cueva y me sorprendió ver una gran estancia en su interior. Una sala con cómodos sillones y sofás antiguos, una consola o cómoda con un espejo ricamente tallado en madera, con el arroyo corriendo por el medio de la estancia y perdiéndose en la oscuridad. Me acerqué. “Hola, me llamo Enrique. ¡Qué sorprendente!, ¿no? ¿Vives aquí?”. Ella se había puesto una suerte de batín encima de la ropa con la que la había visto fuera, el polo y los vaqueros, y lo sujetaba con un broche oriental, para mí indefinible. Se peinaba, ahora, delante del tocador. Dejó el peine en la cómoda. Un peine dorado. “Hola, sí, vivo aquí aunque parezca mentira. Soy Lamyá”. Y se acercó a darme dos besos a la española. Su rostro era suave y sus besos en mis pómulos, no al aire, me parecieron cálidos. “¿Quieres dar un paseo por la zona, Enrique? Te puedo enseñar unas ruinas que hay cerca”, dijo. “Sí, sí, claro”, respondí no queriendo ser descortés. Se quitó el batín y me dio el broche para que se lo sujetara. Se colocó una chaqueta encima del polo y se puso el broche en ella.

Todo era insólito, extraño, inverosímil, pero yo estaba extasiado con su cara y su figura, con su calidez, su naturalidad en el trato, con la mirada dulce de sus ojos castaños. Estaba literalmente abobado. Era como si me hubiera asestado un flechazo incontrolable y no pudiera razonar. Salimos de la cueva a la explanada del surgimiento del arroyo, lo que yo entendía que era el Pastizal. Me dijo “Ven, vamos por allí”. Me llevó por donde había subido yo, pero luego se desvió en otra dirección a la derecha hacia arriba. Me preguntó por mí, de dónde era, a lo que me dedicaba. Yo le daba datos de todo. “¿Y tú?”, le pregunté, “¿a qué te dedicas?”. “Yo tengo poco que contar. Ahora me alojo aquí. Mi vida no ha sido muy feliz.”, respondió. “¿Habitar la gruta donde nace el arroyo, no es raro?”, le dije. “Me ha parecido una vivienda como de fantasía”, continué. Le rocé la mano con mi mano. Me miró. Me la agarró conduciéndome hacia arriba. “Es mi casa”, dijo. No respondí. Alcanzamos un promontorio, con unos restos en piedra, como de un castro o una antigua fortificación. Se quitó la chaqueta, con el broche sujeto, y se sentó en ella sobre las piedras. “Aquí vengo a mirar el paisaje”, me dijo. “Este contorno me trae recuerdos de otro tiempo, de mi infancia”. Comenzaba a atardecer. Me quedé pensativo, la miré bajo el sol que caía. Era hermosa. Le sostenía la mano.

“¿Sabes, Lamyá?”, le dije. “Eres como una ninfa. Como una aparición”, continué. “Si no fuera porque te veo así de real, de carne y hueso, porque tengo tu mano en mi mano, pensaría que eres de mentira”. Se rio como nerviosa. Continuó. “En León, en la montaña, hablan de las xanas y las láncaras”, me atreví a decir. “¿Y eso qué son?”, me preguntó incómoda. “Las xanas son entes encantados. Viven junto a las aguas, en realidad son entes en forma de mujer. Están unidas a una fuente o un manantial. Suelen aparecerse a un hombre y piden que las desencante, que las libere. En esos casos terminan llevando la desgracia al hombre que intente liberarlas”, dije con verdadera sorpresa al escucharme lo que le estaba diciendo. Parecía contrariada. Volvió a hacer una pregunta. “¿Y las láncaras?”. Respondí

despacio. “Las láncaras son seres del bosque, también en forma de mujer. Aparecen como desvalidas, frágiles, en medio de un peligro. También acaban por arruinar la vida al hombre que busque protegerlas”. Volvió a reírse nerviosamente y dijo: “no es muy alentador con las mujeres”. “No”, dije yo. La miré. Hubiera querido besarla, pero era evidente el cambio de actitud. Estaba como tensa. Me soltó la mano. “Espera”, me dijo, y se levantó, “ahora vuelvo”. Se alejó y se fue hacia el bosquecillo por el que habíamos subido juntos hasta allí. Había dejado la chaqueta en la piedra y el broche sujeto a ella. Lo cogí y lo desasí de la chaqueta. Lo miré. Era sorprendente, con unos motivos geométricos poco convencionales. Jugué un poco con él. Me pinché en la mano con el alfiler con el que se prendía. Empecé a sangrar. Me limpié con el pañuelo. No era mucho, casi ni dolía. Me entró sopor. Guardé el broche en el bolsillo del pantalón, junto con el pañuelo levemente manchado de mi sangre. No podía controlarlo y sentí que me dormía, se me borraba todo alrededor, me desvanecía.

No sé el tiempo que pasé así, dormido sobre las piedras de las ruinas en el promontorio. Cuando me desperté, era ya de madrugada. Lamya no estaba. Había una bonita Luna menguante. Cogí el móvil y miré la hora. Las tres y cuarto. Sentí el broche en el bolsillo del pantalón. Lo toqué. Allí estaba. Era real. Encendí la linterna del móvil. No estaba la chaqueta de Lamya. Me levanté. ¿Qué hacer? No tenía ningún sentido volver a la gruta, arriba del arroyo. ¿Quién era Lamya? ¿O qué era Lamya? ¿Una xana o una láncara? ¿Una aparición? Debía volver al pueblo a dormir. Pensé que me orientaría para bajar. Había extraviado el palo, el cayado, en algún sitio, pero no era imprescindible. Lo que necesitaba era que me durara la batería del móvil para poder utilizar su linterna hasta salir al camino ancho, donde ya vería con la Luna y las estrellas. El descenso no fue cómodo, aunque lo hice con más facilidad de lo que pensaba. Llevaba su tiempo, pero bajé con agilidad. Pensaba en Lamya y en lo que había visto. La sala en la gruta. Su mano en mi mano. La extraña reacción al hablarle de las xanas y las láncaras. ¿Sería ella un ser de ese cariz? Todo me desasosegaba. Cuando llegué al camino ancho, apagué la linterna. En relativo poco tiempo se veían ya las luces del pueblo y muy pronto subía ya el sendero hacia la plaza. Cogí las llaves y entré en la casa. Tenía sed, bebí agua. Me quité la ropa y me acosté rápido. Ni miré si el móvil avisaba de mensajes del *WhatsApp* o del *Facebook*. No había cenado. Cuando despertara sería otro día.

Amanecí a más de las 12 de la mañana. Me dolía la cabeza. Fui a coger los pantalones. Rebusqué en el bolsillo. Allí estaba el broche. Lo miré. Era extraño pero real. Ahora sí miré el móvil. Contesté algún mensaje de modo convencional. No tenía ninguna gana de contar nada y menos la experiencia de la tarde y la noche. Me duché y salí a desayunar. La patrona se rio de mi aspecto. Tenía mala cara. Me preguntó por lo que quería desayunar y se interesó por mi excursión en la tarde anterior. “¿Cómo fue? Creo que llegó muy tarde de vuelta. ¿Subió por el arroyo Matanza hasta arriba?”. En el cara a cara con ella no fui capaz de callar. Le respondí con

lo que me había sucedido. “Sí, sí. Subí hasta arriba. Encontré una chica que me observaba. Entré en la cueva, donde ella se refugió. Había una especie de sala en la gruta. Me pareció muy extraño. Era muy amable. Me llevó después a otro alto próximo donde había unas ruinas de un castro o una antigua fortaleza. Pero me dormí sin poder evitarlo y desapareció”. Me miró con sorpresa. “La mora”, dijo. “La lamia”, continuó. “Sí, se llamaba Lamya. Era muy guapa”, dije yo. “¿Ella le tocó?”, me preguntó. “Sí, le di dos besos, al saludarnos, y me cogió la mano. Cuando le hablé de unos seres mitológicos leoneses y asturianos, las xanas y las láncaras, se perturbó, se puso tensa. Luego desapareció. Y no sé qué pasó que me dormí”, dije. “Bastante es que está vivo. Las lamias pueden ser fatales. Años ha que no oía nada de “la mora” de Las cuevas del Villar. Hace ya tiempo apareció arriba un hombre muerto, estrangulado dijeron. Se atribuyó a la mora”.

No tenía muchas ganas de comentar más el asunto. Terminé de desayunar. Di un paseo por el pueblo y me metí en la habitación a tomar notas, a leer y a responder mensajes del móvil. Subí de nuevo arroyo arriba justo después de comer. No podía evitarlo. No llevé el broche. Fui rápido en la subida, ya conocía el camino. Cuando llegué a la gruta y entré, el aspecto no se parecía en nada a lo que había visto la tarde anterior. No había sala ni muebles. La iluminación del primer día no existía, la luz era infinitamente más tenue. Ni rastro de Lamya. Bajé sin demora al pueblo. ¿Qué hacía allí? Pagué a la patrona el alojamiento y pedí que anulara los días que faltaban. “¿Pero ya se va, tan pronto?”, preguntó. “Eso es que se asustó con la morita”, afirmó con cierta sorna. No le desmentí. “Puede ser. Pero tengo cosas que resolver”. Subí al coche y, al salir del pueblo, me pareció ver de nuevo a un lado de la carretera, entre el follaje, una silueta de melena oscura con un polo celeste y un pantalón vaquero. Yo llevaba el broche en el bolsillo. Toqué el pantalón para confirmarlo. Aceleré alejándome de allí. Conduje todo el trayecto con cuidado, para que ningún posible mal presagio se cumpliera.

JOSÉ ANTONIO ABELLA

José Antonio Abella nació en Burgos, en 1956. Médico de profesión, compaginó durante 37 años su trabajo con la literatura y la escultura en hierro y bronce, aunque en la actualidad se dedica por completo a la creación literaria. En 1992 fue publicada su primera novela, *Yuda*, reeditada en 2006 y en 2014, así como un breve ensayo: *La realidad posible (hacia un compromiso del arte)*. Fue coordinador y coautor de la obra *Segovia, ecología y paisaje* (1993). Siguió con las novelas *La esfera de humo* (1995) y *Crónicas de Umbroso* (2001), reeditada en México al año siguiente. En 2003 se publicó su guía segoviana *Balcón de la mirada*. Sus obras literarias posteriores fueron *La tierra leve* (2006) y el libro de relatos *Unas pocas palabras verdaderas* (2010), tres de cuyas narraciones recibieron los premios Hucha de Oro, Encarna León y Emiliano Barral. En 2013 vio la luz su novela más compleja y arriesgada, *La sonrisa robada*, por la que fue galardonado en 2014 con el Premio de la Crítica de Castilla y León. Su última novela, *El hombre pez*, será publicada en 2017.

LA SONRISA DE MOHAMED

Lo recogí en la carretera de Palazuelos a San Millán, a la altura del puentecillo que cruza el arroyo Matanza. Era el 24 de agosto, día de San Bartolomé. Todavía, en aquel tiempo, no existía la costumbre de mover en el calendario las fiestas patronales para hacerlas coincidir con el descanso de quienes marcharon a ganarse la vida lejos del pueblo. Tampoco existía entonces la línea de aerogeneradores que ahora recorre las crestas que van de Cerro Pelado a Monte Redondo, más allá de Villamiel. Cuarenta molinos he contado, y a lo mejor me dejo alguno. Desde luego, eran otros tiempos. Los molinos de entonces servían para moler el grano, los de ahora...

Pero no quiero desnortarme desde el principio, si Cervantes dejó maltrecho a don Quijote haciéndole pelear con un molino de viento, no seré yo quien me haga pelear a mí mismo con no sé cuántos molinos de no sé cuántos megavatios.

Decía, pues, que lo recogí en la carretera de Palazuelos de la Sierra a San Millán de Juarros. Él hacía autoestop a la par que caminaba. Estiró el brazo izquierdo con el pulgar hacia arriba, sin perder un paso y sin volver la mirada. Con la mano derecha sujetaba la correa de un zurrón abultado y mugriento. Parecía uno de esos vagabundos que llevan a la espalda todas sus pertenencias, pero no lo era. Media hora antes le había visto pasar frente a la taberna de Palazuelos, donde yo celebraba con una cerveza la fiesta de San Bartolomé.

Ciertamente, para no pecar de hipócrita, debo decir que yo había bebido más de una cerveza, pero no tantas como para perder las riendas de los instintos más primarios, ni la memoria de lo que sucedió aquel día, por mucho que ahora me avergüence recordarlo. Él también había bebido algo. Menos que yo seguramente, entre otras cosas porque su religión prohíbe el alcohol. En cualquier caso, ni él ni yo estábamos borrachos. Un poco alegres a lo sumo.

—¡Anda, sube, Mohamed! —le dije, y Mohamed subió a la furgoneta 4L de mi padre con una sonrisa de oreja a oreja, como un melón recién abierto.

A decir verdad, la sonrisa de Mohamed tenía más de sandía que de melón, y esto era así por las muchas caries que asomaban como pepitas negras en las ruinas de su dentadura, a ambos lados de los dos huecos —también negros— que un día estuvieron ocupados por sus paletas. Pero aún así, era la suya una sonrisa fresca y radiante, no menos alegre que una rodaja de sandía en la canícula de agosto.

—¿Y a ti qué te pasó en los dientes? —le dije.

—*Mi los rompí di piquiño* —me respondió él con esa dificultad moruna para pronunciar la e, y se llevó un puño como para hacerme entender que le habían dado un puñetazo.

Pero debí entenderle mal, porque al cabo de un instante, sin dejar de sonreír, añadió que se había tropezado con una piedra mientras cuidaba de las cabras allá en su pueblo natal, perdido en mitad del Rif:

—*Mi caí*—dijo, y volvió a llevarse el puño a la boca—, *tropicí con una piedra y otra piedra mi paró*.

La verdad es que no sé si lo dijo así. Esto de hacerme el gracioso imitando acentos extraños nunca se me ha dado bien, e intentar volcarlos al papel me resulta todavía más insulso y menos verosímil. Digamos pues que dijo algo parecido, y si he decidido no seguir a don Quijote en su pelea con los molinos de viento, tampoco voy a emular a Cervantes en su ridiculización del castellano de los vizcaínos, transportada en este caso al uso de los fonemas vocálicos en la cordillera del Rif.

—Me caí, tropecé con una piedra y otra piedra me paró—digo pues que dijo Mohamed, y digo también que se llevó de nuevo el puño a la boca para facilitar mis entendederas. Su castellano, desde luego, estaba lejos de ser el de Cervantes, pero no diré a qué altura estaba mi dominio de las lenguas bereberes y del árabe clásico. ¡Bastante me hubiera valido con no suspender aquel primer curso de Filología Románica!

De cualquier forma, disquisiciones lingüísticas aparte, lo que ha persistido en mi memoria con el paso del tiempo era su sonrisa de sandía, que no se perdió cuando yo le solté con la fuerza de un eructo cervecero:

—¡Pues aquella piedra te dejó guapa la boca, podías plantar guisantes en los agujeros de tus dientes!

Tales palabras, que ahora me avergüenzan, sí que fueron pronunciadas al pie de la letra. Mohamed, sin embargo, no se molestó. Muy al contrario, rió de buena gana cuando las dije, como si nunca hubiera escuchado una cosa más graciosa.

—Pronto no guisantes—dijo al terminar de reír—, pronto yo poner dientes nuevos, dientes de oro.

En ese instante fui yo quien se rió a mandíbula batiente:

—¡Dientes de oro! ¡Pues sí que te está dando buenas ganancias el oficio!

El oficio de Mohamed era el de pastor de ovejas. Había llegado de Marruecos cuando todavía no era preciso jugarse la vida en el Mediterráneo para alcanzar las costas de Europa. Recuerdo a este respecto algo que dejó escrito mi amigo Juan Pablo Ortega: “A menudo perdemos la vida en lo que hacemos para ganárnosla”. Tales palabras, que para muchos pueden ser tomadas como una metáfora de su existencia, fueron y siguen siendo para demasiados compatriotas de Mohamed tan reales como la vida misma, aunque sería más preciso decir: tan reales como la misma muerte.

Pero ya he apuntado que Mohamed tuvo más suerte, porque también para eso eran otros tiempos. No es que aquí se ataran los perros con longanizas, pero cuando él llegó a las tierras de Lara, ya nadie quería ser pastor. Ser tornero en Bilbao o albañil en Gamonal parecía más seguro, más prometedor, más limpio y envidiable que andar de la mañana a la noche detrás de las ovejas. Así que no le faltó trabajo a Mohamed. Pero de eso a que las ganancias de su oficio le dieran para ponerse dientes de oro había un buen trecho.

—Dos dientes de oro, aquí —y Mohamed se metió el dedo pulgar en el hueco de sus paletas mientras yo le miraba de reojo, sin poder contener la risa—. Tú ríes, sí..., tú ríes, pero yo no digo tontería. Yo sé lo que digo.

—Si quieres te llevo ahora al dentista.

—Yo no voy ahora al dentista. Yo voy a comprar billete de tren para Marruecos. Mujer y dos hijos allí. Tres años que no los veo.

—Bueno, hombre, pues yo te acerco si quieres a la estación de Burgos —le propuse entonces, pero no hubo tiempo de escuchar su respuesta porque lo que se oyó en ese instante fue un cañonazo seco, como un disparo de escopeta en el cogote. Me había reventado una rueda y la furgoneta comenzó a dar bandazos en la carretera sin que yo pudiera hacer otra cosa que pisar el freno y sujetar el volante con fuerza, lo que no llegó a impedir que acabásemos en la cuneta.

—¡Putra carretera! —maldije.

La carretera, en efecto, tenía parte de la culpa. Era tan estrecha como ahora, pero con más baches. En uno de ellos, que no pude esquivar, la rueda delantera izquierda pilló un clavo que la hizo explotar como si fuera un globo. Milagrosamente, no pasó nada. No volcamos. Ningún árbol se interpuso en nuestro camino. Los cinturones de seguridad impidieron que nos diéramos de bruces contra volante y parabrisas. Solo una rueda reventada y la 4L de mi padre en la cuneta.

—No problema —dijo Mohamed—. Tú cambias rueda y yo ayudo a sacar coche de cuneta.

—No sé si podremos los dos solos.

—Sí podemos. Tú y yo fuertes, coche pequeño.

Pudimos, en efecto. Yo cambié la rueda, que había quedado en el aire, y Mohamed me ayudó a enderezar la furgoneta con la fuerza de un buey. Delgado, seco como un palo, parecía mentira que pudiera empujar como lo hacía. Así que no tardamos ni media hora en estar de nuevo en la carretera.

—Voy a sacar permiso de conducir en Marruecos, allí más fácil —rió Mohamed—. También voy a comprar coche grande, coche muy grande y bonito, cómodo para mujer e hijos.

—Te vas a poner dientes de oro..., te vas a comprar un coche grande... —le dije, y él mostraba su sonrisa de sandía, regocijándose en sus pensamientos, pero dejó bruscamente de hacerlo cuando añadí: ¡O te ha tocado la lotería o te has encontrado la piel de becerro!

—¡Yo no piel de becerro, yo no lotería! —gimió como un perrillo, pálido de repente— ¡Yo no piel de becerro...!

Por la forma de responderme, por cómo le mudó el color de la cara, noté que conocía la leyenda. Incluso llegué a pensar que acaso Mohamed —todo el día en el campo, con sus ovejas— había sido elegido por el azar para ponerle su punto final, convirtiéndola en Historia.

La leyenda, que escuché en boca de mis abuelos, como tantos otros niños de las tierras de Lara, dice que entre Palazuelos y Cabañas, escondida en algún punto, hay una piel de becerro llena de oro. También dice la le-

yenda que un día al año, solo un día, los rayos del sol iluminan esa piel de becerro y hacen brillar el oro que asoma por ella. Nadie, por supuesto, ha encontrado nunca esa piel. O por lo menos, nadie lo ha dicho.

Es curiosa esta vieja historia, que me recuerda a otra que leí en mi adolescencia y que habla de la ciudad de Vineta. Un extraño maleficio hizo que esta bella y próspera ciudad, en la costa de Suecia, fuera tragada por el mar en tiempos remotos. Cada cien años, siempre en noches de luna llena, la ciudad de Vineta emerge de las aguas durante una hora. Solo una vez cada cien años. Solo una hora. Pero en esa hora toda la ciudad reaparece en su antiguo esplendor, como antes de haber sido engullida por el mar: los mercaderes atareados en sus tiendas, los herreros en sus fraguas, los soldados en sus almenas... Se diría que la vida y el bullicio de todo un siglo florecen en esa hora, a la luz de la luna. Luego, de nuevo, la ciudad entera se sumirá en otro sueño de cien años si nadie acude para liberarla de su maleficio, que solo puede ser roto si, en esa breve hora, alguien ajeno a ella penetra en sus murallas y se decide a comprar alguno de sus bienes, cualquier cosa, una piel de becerro por ejemplo, o una campanita de cristal, o un candelabro de oro. El requisito principal no es lo que se compre, sino quién lo compre. Y quien lo compre debe ser alguien ajeno a la ciudad y a su maleficio. Ser un extraño.

Ya nos acercábamos a Burgos cuando estos pensamientos bailaban en mi cabeza. Sin duda, la mucha cerveza que había tomado y el incidente de la rueda reventada me habían hecho mella. ¿Cómo, en otro caso, pensar que Mohamed había podido encontrar la piel de becerro llena de oro? ¿Cómo imaginar que una leyenda...?

Los pensamientos, en cualquier caso, se sucedían uno tras otro. Y todo concordaba de una forma oscura pero precisa, como quien cruza los dedos en medio de la noche. En primer lugar, Mohamed era un extraño, y eso ya le hacía sospechoso. Además, estaba su trabajo... Durante años, de sol a sol, día tras día, él había llevado a pastar sus ovejas por los descampados de Palazuelos. De sol a sol. Día tras día. Un día al año brilla el sol en el oro del pellejo... En las aguas turbias de mi cabeza, también algo brilló de repente. ¿Por qué se había molestado Mohamed tanto cuando bromeé con la piel de becerro? ¿No le había mudado el color de la cara? ¿No había gemido como un perro con el rabo entre las piernas: yo no piel de becerro, yo no piel de becerro...? ¿Desde cuándo un miserable salario de pastor da para ponerse dientes de oro, para comprarse un coche grande, cómodo, de lujo?

Llegamos en esto a la estación del ferrocarril, que se hallaba entonces al final del paseo del Empecinado. Y empecinado seguía yo con el tesoro de Mohamed, con las monedas de oro, con los torques o las ajorcas que había encontrado en la piel de becerro y que se marcharían con él a Marruecos, perdidos para siempre.

Lo que sucedió entonces solo puede ser fruto del alcohol, y se me cae la cara de vergüenza al recordarlo.

Mohamed llevaba a la espalda un macuto mugriento, ya lo he dicho, y yo estaba completamente seguro de que en ese macuto estaba la respuesta de mis dudas, convertidas ya en certezas. De repente, contra mi natural afable, como si el alcohol de las cervezas se me hubiera agriado en el estómago, me puse violento. Tenía la sensación de haber descubierto un secreto de Estado. Si el Empecinado había combatido a los invasores franceses en estas tierras, aunque luego perdiera la vida por la ignominia de un rey felón, yo no podía quedarme cruzado de brazos ante aquel moro que iba a sacar de estas tierras un tesoro guardado durante siglos...

—¿Qué llevas en ese zurrón? —le pregunté de malos modos.

Me miró perplejo, sin llegar a perder por completo su sonrisa desdentada:

—Una manta, y comida para el viaje —me respondió al fin, como si no tuviera otra escapatoria que decir algo.

—¿Una manta? ¿Comida para el viaje? ¿Tú te has creído que soy tonto?

Más que la codicia por el oro, era algo así como un afán justiciero lo que me movía. Una nube patriótica me inflaba las costillas. Mohamed, a pesar de ser más fuerte que yo, temblaba como una hoja a punto de caer del árbol.

—¡Déjame ver! —le grité.

Él retiró su zurrón y me puso una mano en el pecho:

—¡Tú no derecho a ver mis cosas!

—¡Y tú no derecho a tocarme, moro de mierda!

La gente que entraba y salía de la estación comenzó a mirarnos. Pronto se formó un pequeño corrillo de curiosos, pero nadie se interpuso cuando ambos nos agarramos de las solapas, dispuestos a rompernos la cabeza si hacía falta. Por fortuna, antes de que la sangre llegase al río, apareció una pareja de guardias civiles.

—¿Qué diablos está pasando?! —dijo uno.

Mohamed y yo nos separamos al instante, pero ya el segundo guardia le había cogido a mi contrincante por ambos codos, retorciéndole un brazo. A mí ni me tocaron: el color de la piel seguramente, o el indicio delator de la mugre.

—¿Le ha robado algo? —me preguntaron.

—Miren dentro del zurrón y lo verán.

Mientras uno de los guardias civiles seguía sujetando a Mohamed, el otro vació su zurrón sobre el capó de la furgoneta. Primero apareció un pasaporte, que estaba sobado y con las esquinas dobladas, pero en regla. Luego una manta de rayas. Cuatro latas de sardinas. Una navaja. Una cartera con algunos billetes de mil pesetas y bastante calderilla. Un osito pequeño de peluche. Una muñeca Barbie. Dos pañuelos. Una barra de pan envuelta en papel de periódico. Una armónica.

—¿Es suya la armónica, la cartera? —me preguntó el guardia.

Del corrillo de gente se elevó algún murmullo que no logré entender.

—No, disculpen —logré balbucir al cabo de un segundo eterno de bochorno y oprobio—, todo ha sido un malentendido.

—¿Y por qué discutían ustedes?

—Nada importante, ya se lo he dicho: todo ha sido un malentendido.

—¿Alguno quiere interponer denuncia?

Tanto Mohamed como yo negamos con la cabeza.

—¡Pues recojan sus pertenencias y circulen!

—¡Circulen, vamos, circulen! —repitió el otro guardia, que ya había soltado a Mohamed segundos antes.

El corrillo de curiosos se deshizo como por ensalmo. Yo traté de ayudarlo a recoger sus cosas, pero él me paró en seco con un gesto, escupiendo al suelo. Metió con parsimonia sus pertenencias en el zurrón y entró en la estación del ferrocarril sin volverse a mirarme. Yo, a la puerta del coche, sí que le miraba. Mohamed desapareció de mi vista. Desapareció su macuto mugriento. Desaparecieron los guardias. Solo quedaba mi vergüenza.

Y aquí se quedaría esta penosa historia si, hace cosa de una semana, no hubiera sucedido algo que me impulsó a escribirla.

Era de nuevo la fiesta de San Bartolomé. Yo tomaba una cerveza en la taberna de Palazuelos cuando me abordó uno que trabajaba en Bilbao, de tornero:

—¿Tú te acuerdas de aquel moro que vivió hace muchos años en las tenadas del Reajo? —me preguntó, sin que yo quisiera caer en la cuenta— Sí, hombre: un tipo seco, sin dientes, que cuidaba las ovejas de uno de Quintanilla Cabrera.

De pronto me vino a la cabeza el momento en que los dos guardias civiles intervinieron para separarnos. Pero yo me seguí haciendo el loco:

—Pues ahora no caigo...

—Que sí, hombre. Uno que luego se vino a Palazuelos, de pastor, con las ovejas de...

—Sí —le interrumpí en ese punto, no me parecía buena estrategia seguir negando—, ya me doy cuenta de quién dices: uno que se llamaba Mohamed.

—Pues no sé si sabes que me fui con la mujer a celebrar las bodas de plata en Marrakech, a todo lujo, que las bodas de plata no se celebran todos los días... ¿Y a que no te imaginas a quién vi?

Me encogí de hombros, claro.

—¡Pues al Mohamed ese! ¡Como te lo digo! Nosotros estábamos alojados en uno de los mejores hoteles y allí estaba él. Al principio me costó reconocerle, porque el tiempo pasa para todos. Y porque parecía un califa, oye. Estaba allí sentado en la terraza del hotel, trajeado de blanco, con dos mujeres guapísimas, fumándose tranquilamente un narguilé.

—¿Estás seguro de que era él?

—Hombre, seguro, seguro... Pero casi seguro.

—¿Y no te acercaste a saludarle?

—Me dio cosa, oye. Ya te digo que parecía un califa, con esas mujeres estupendas, rodeado de camareros. Pero era el mismo, lo supe cuando me miró. También a él le debió de sonar mi cara. Y la suya era idéntica, ya te

digo, algo más vieja pero más lustrosa y mejor afeitada, con esa sonrisa de oreja a oreja que siempre tenía. Lo único que le había cambiado eran los dientes, ni te imaginas: dos dientes de oro que le brillaban al sol cada vez que abría la boca.



Este libro ha sido posible gracias a la generosidad de los autores participantes y al amor de un pueblo por su tierra. Abril de 2017, Tierra Lara.

ÍNDICE

- IGNACIO GALAZ BALLESTEROS, Romance de los Cartagenos, 7
- JESÚS BORRO FERNÁNDEZ, Muerte en domingo, 11
- EDUARDO ROJO DÍEZ, Lo que el arco iris esconde, 17
- CÉSAR-JAVIER PALACIOS PALOMAR, La carretera de las brujas sonrientes, 27
- JOSÉ ANTONIO ABELLA, La sonrisa de Mohamed, 37
- MARÍA JESÚS JABATO, El viaje de Federico, 45
- PABLO DEL BARCO, El cura y la negra Tuka, 51
- ELÍAS RUBIO MARCOS, Pasacalles en el Mencilla, 59
- JESÚS CARAZO, La cueva del Penuquillo, 65
- ENRIQUE DEL RIVERO, La libreta mexicana, 69
- MATILDE SEDANO GALERÓN, La casa de la señorita, 77
- DANIEL IRAZU, A través de un cristal que sigue roto, 85
- JAVIER DÁMASO, Lamyá, 91
- BENITO ARNÁIZ ALONSO, Vínculo, 99
- LUIS DÍAZ VIANA, Bajo la protección del saúco, 111
- MIGUEL ÁNGEL MORENO GALLO, 13 y martes, 117
- SILBERIUS DE URA, La ermita de Valpeñoso, 125
- JOSÉ CARLOS IGLESIAS DORADO, Historias para combatir el aburrimiento, 133
- ELENA DE CASTRO MARTÍNEZ, La luna de Tinieblas,
La leyenda del lobo sanguinario, 139
- ELISA ALZAGA, Origen de Cubillo del Campo, 147
- JOSÉ DAVID SACRISTÁN DE LAMA, Vía muerta, 157
- ROBERTO LLORENTE INFANTE, El “Alambrao”, 165

LAURA TERRADILLOS BILBAO, Leyendas e historias de
la ermita de San Cristóbal, 175

ALFONSO DÍEZ AUSÍN, De tormentas y otras cosas, 181

JOAQUÍN ROBLEDO, El camaleón de Cerracín, Si matas una mariquita, 187

JESÚS TOLEDANO ESCRIBANO, Septiembre, 197

MANUEL RODRÍGUEZ NIDÁGUILA, El sueño español, 207